

BABEL. REVISTA DE LIBROS: FORMULAR EL PROPIO PRESENTE ENTRE LOS FINALES Y EL FIN

MARIANA CATALIN
UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

1. LA CONSTRUCCIÓN DE UNA TEMPORALIDAD SINGULAR *ENTRE* DOS ÉPOCAS

Babel. Revista de libros publica 22 números entre abril de 1988 y marzo de 1991. Sus directores fueron Martín Caparrós y Jorge Dorio. El papel de jefe de redacción, figura central en el funcionamiento de esta revista debido a la importante tarea de coordinación que debió desempeñar, lo ocupó, hasta el número 19, Guillermo Saavedra, siendo reemplazado luego, hasta el cierre de la revista, por Christian Ferrer. A pesar de la escasa cantidad de números publicados, *Babel* adquirió rápidamente un lugar central en el campo intelectual y literario de Buenos Aires. Como el subtítulo lo indica, el propósito central de la revista fue dar cuenta de lo que se publicaba en el mercado editorial argentino. Esto la llevó a reseñar no solo las novedades literarias sino que la revista se propuso abarcar diversas áreas, incluyendo desde la historia, la sociología, el psicoanálisis hasta, por ejemplo, la autoayuda y los libros infantiles. Pero lejos de pensarse como un mero catálogo, y al mismo tiempo sin traicionar esa prerrogativa fundacional, la revista se convirtió, a través de las reseñas mismas y de otras secciones que las acompañaban, en un ámbito de discusión y exposición de posiciones literarias y de temáticas que se extendían al campo más amplio de las ciencias sociales.

Si hay algo que caracterizó el espacio de discusión que generó *Babel* fue la heterogeneidad. Multiplicidad de colaboradores,

multiplicidad de líneas, posturas divergentes confluyeron en sus páginas.¹ Si bien en el ámbito literario podía observarse que funcionaba cierta idea de grupo, que reunía a escritores como, además de los directores, Alan Pauls, Daniel Guebel, Sergio Chejfec, Sergio Bizzio, Luis Chitarroni, C. E. Feiling, a estos nombres es necesario sumarles otros que ocuparon un lugar importante en la páginas de la revista y que provenían no sólo de diferentes extracciones generacionales, sino también desde otros ámbitos, particularmente las ciencias sociales. En *Babel* publicaron con cierta asiduidad María Moreno, César Aira, Marcelo Cohen, Horacio González, Nicolás Casullo, Horacio Tarcus, Ricardo Ibarlucía, Guillermo Schavelzon, Margara Averbach, Elena Massat, Marcos Mayer, entre muchos otros.²

La heterogeneidad de *Babel* se presenta como un desafío metodológico para su análisis. Supone buscar caminos que al mismo tiempo que permitan abordarla como un objeto en su conjunto, como una instancia de intervención, tal como la piensa Alan Pauls, no se pierdan en generalidades descriptivas y puedan dar cuenta de los movimientos particulares dentro de sus páginas. El editorial que se publica en el primer número de la revista abre un camino posible. Titulado “Caballerías” y firmado por Caparrós y Dorio, el texto se constituye como una declaración de intenciones que si bien consta de

¹ Si bien toda revista se constituye como objeto heterogéneo, en tensión con su representada homogeneidad en tanto posicionamiento literario y cultural en el campo intelectual, la heterogeneidad en *Babel* se erigió como un rasgo programático y fue enfatizada como valor no sólo mediante su título, sino también en diversas zonas de la publicación, como por ejemplo, los editoriales. Sobre las revistas como practica de producción y circulación y su constitución como objeto de estudio diferenciado cf. Sarlo (1992), Schwartz y Patiño (2004), Artundo (2010).

² La posibilidad de pensar un grupo de escritores en torno a la revista se vio incentivada por la publicación previa a la aparición de *Babel* de una especie de manifiesto que Martín Caparrós reproducirá en el número en el número 10 (julio de 1989) dentro del artículo “Nuevos avances y retrocesos de la nueva novela argentina en lo que va del mes de abril” y que hizo que fueran identificados, a propósito de ciertas menciones del mismo, como “grupo Shanghai”. A esto se sumó la oposición a otro grupo de escritores, que publicaban a comienzos de los años noventa en la colección “Biblioteca del Sur” de la editorial Planeta, oposición que se planteó como “Babélicos vs Planetarios”. Sin embargo, los cruces y diferencias son tantos que este grupo evadiría incluso los límites laxos de la idea de formación williamsiana. Esto no implica que se deba dejar de pensar a la revista como instancia de intervención. Así lo plantea Alan Pauls: “Yo fui de la generación de *Babel*, pero sólo me siento parte de ella en la medida que existió un proyecto, una revista, algo que se expone, que te hace intervenir de manera concreta y regular en cierto campo de idea y de valores” (Guyot, Gianera, 2007: 8).

tan solo unos pocos párrafos puede leerse como inscripta en la lógica del manifiesto. Inscripción que se realiza sin embargo en una temporalidad singular. En sus fragmentos más combativos el artículo sostiene:

El 1º de septiembre de 1939 la caballería polaca cargó contra varias divisiones de tanques nazis para cambiar el gesto de la derrota por los oropeles del sacrificio. Se sabe: todo sacrificio es inútil. Se intuye: los rituales son inevitables. Alonso Quijano, George Gordon Byron, Cyrano de Bergerac, Isidoro Tadeo Cruz, Jean-Paul Sartre conforman una piara azarosa entre los vindicadores del gesto cuando ya nada se espera.

Este –dicen– es el peor momento de la industria editorial argentina. Surgiendo de esas aguas, *Babel* no es un gesto heroico. Ni la vindicación de un delirio, ni una cortesía desesperada, ni la oposición a que se mate así a un valiente. *Babel* ni siquiera es el rechazo del honor siempre perdido. *Babel* –dicen– es una revista de libros. En todo caso, en el mejor de los casos, un etéreo gesto baudeléreo contra el puerco *splenn* (...)

Ahora, *Babel* intenta seguir siendo una cita. Todos los meses, con todos los libros, todos los autores y todos los continentes del mundo de la lectura. De la caballería queda poco más que literatura. De la literatura, que también –dicen– está desapareciendo, quedará seguramente el regusto de algún gesto. La seña del ciego abre para el truco un juego que sólo puede jugarse con ficciones. Sin cartas, entonces, pero con los ojos bien abiertos, ya *Babel* (B, 1: 3).³

Declaración explícita de principios, intervención en el repertorio vigente, una prescripción en forma de descripción, el generar una convocatoria desde un aquí y un ahora que marcan una urgencia, rasgos todos del manifiesto; y del manifiesto funcionando en un ámbito muy preciso como el de la vanguardia estética (Mangone y Warley, 1993; Osorio, 1988; Cipollini, 2003). Pero se interviene desde una temporalidad particular, justamente desde el fin de aquella época y de aquellos gestos que justificarían la escritura de un texto de esas características. Si, como afirma Arthur Danto (1999), el modernismo ha sido la “Edad de los Manifiestos”, Jorge Dorio y Martín Caparrós escriben un texto que toma elementos de la lógica del manifiesto para

³ Las citas de la revista *Babel* se realizarán comenzando con una “B” mayúscula, consignando, luego, el número de ejemplar y, finalmente, el número de página de la que se la extrae.

tensionarlos con la afirmación de un final, el final de la literatura, que otros “dicen” que está ocurriendo.

Surge implícita, desde la fuerza de este íncipit, la pregunta que puede permitir una posible respuesta al desafío que sosteníamos más arriba: ¿cuál es la temporalidad (¿dominante?) que se formula, se discute, se construye en *Babel*? Porque si hay algo que se genera en este primer editorial es un *entre* dos épocas singular que la revista parece querer plantear como su propia temporalidad. En la primera página, y a pesar de no proponer ninguna poética, se *cita* el manifiesto, pero no en función simplemente de parodiarlo y mostrar su inutilidad, sino como forma de intervención; intervención que, sin embargo, afirma que ya no puede reclamarse como gesto heroico desde el presente en que se escribe. Que muestra además ese presente como un presente en cambio, inestable, enfrentando la posibilidad de un final, aunque necesite distanciarse de las definiciones de ese cambio atribuyéndoselas a otros mediante la ambigüedad del “dicen”. *Babel* se presenta a sí misma como una cita. El término habilita, por una lado, la lógica del pastiche: en el texto se introducen juntas citas de la Biblia y la Real Academia para, en un gesto irónico, desautorizarlas y homogeneizarlas a ambas poniendo así en el centro la problemática del posmodernismo, algo que se discutirá con el correr de los números en diversos ámbitos. Pero por otro lado, se genera una tensión con el hecho de pensar la cita también como encuentro, un encuentro que no es ni superficial ni azaroso, sino que se propone un objetivo específico. Encuentro que parte de la posibilidad de generar una fórmula, si bien inestable y abstracta, para ubicarse ante el final que otros dicen que está adviniendo: “La seña del ciego abre para el truco un juego que sólo puede jugarse con ficciones” (B, 1: 3).

Si bien, como afirma Nicolás Bourriaud (1999), las formulaciones del fin son propias de la modernidad y suponen una actitud determinada ante ella, este fin que *Babel* plantea en el editorial/manifiesto como dicho por “otros” pero reutilizado por el “nosotros”, parece plantear otra lógica y tensionarse entre la sustitución de un sistema artístico por otro y una teoría de la ruptura (Appadurai, 2001) que iría más allá y se extendería a otros dominios, sería más profunda y abarcaría períodos de tiempo más extensos. Así, “Caballerías” no solo pone en escena “una modernidad derrotada que a un tiempo se acomoda al nuevo estado de cosas” (Delgado, 1996: 275) sino que sigue utilizando formas centrales de la modernidad para tensionarlas con aquello que propone como ese “nuevo estado de

cosas”, tensión que le irá permitiendo, a medida que transcurran los números, ir encontrando enfoques singulares ante aquello que se formula como problema.

Se ha observado ya la posición singular que ocupa *Babel* al comenzar a publicarse en el pasaje entre las dos décadas finales del siglo XX. La formulación más clara y relevante de este problema ha sido la de Roxana Patiño, quien afirma que *Babel* se constituye en un “gozne entre dos épocas” (2003: 35). Para Patiño, la revista da cuenta y es articuladora del cambio de problemáticas que se habilita en la apertura de la última década del siglo en el campo intelectual argentino. *Babel* aparece en esta perspectiva como manifestación de ese cambio. En este contexto, si se piensa en el debate modernidad/posmodernidad, *Babel* es, para Patiño, el lugar donde “es posible verificar cómo ese debate cruzó el campo literario e intelectual argentino de esos años” (2003: 29). Esto tiene una consecuencia inmediatas en la argumentación de la autora: el debate modernidad/posmodernidad, algo fundamental para pensar la temporalidad que la revista construye para sí, es leído como *una* de las líneas que recorre la revista y, por lo tanto, en lugar de pasar a formar parte de problemas más amplios, queda aislado del resto de los problemas que la autora lee en la misma.

Ante esta perspectiva, el deslizamiento en la lectura que proponemos modifica el punto de vista desde el cual leer lo que ocurre en la revista, el modo en que se piensa esa sucesión. Nuestra hipótesis es que *Babel* vuelve esa ubicación *entre dos épocas* un problema y una tensión, lo genera como su propio presente. No se articula o documenta un quiebre, sino que se produce, se abre un espacio temporal que habilita la formulación de las problemáticas que interesa plantear. Leer, entonces, esta temporalidad como construida permite ver, por una parte, que el lugar que ocupan esas dos épocas en tanto formulaciones es siempre el lugar de un problema: no hay pasajes tranquilos ni aceptaciones acrílicas sino verdaderas discusiones, a veces entre líneas, que van postulando diferentes figuraciones del final. Y, por otra, permite marcar que esa tensión no es simple reproducción de un contexto “verdaderamente” existente, sino que supone una temporalidad que la revista produce para sí, para poder articular las lecturas y las producciones literarias que le interesa volver centrales.

En este sentido, no buscamos definir a través de *Babel* si el campo literario e intelectual argentino estaba entrando a fines de los

ochenta en su etapa posmoderna, pero sí se puede afirmar que generar una temporalidad que pueda ubicarla *entre* dos épocas es fundamental para el posicionamiento de la revista en dicho campo. Temporalidad en la que el pasado no es solo el pasado nacional reciente (la etapa dictatorial y las reconfiguraciones que la sucedieron), sino que parece abarcar algo más amplio que se denomina en ciertos momentos como “modernidad” o “lo moderno” y en la que lo que viene (algo que no es estrictamente futuro) si bien no puede ser definido con claridad, sí puede ser discutido mediante lo que se afirma en ciertos discursos sobre el presente, fundamentalmente el que habla de la posmodernidad. Un presente que aunque en las posturas posmodernas se lo anuncie como ya realizado, la revista insiste en proyectar hacia adelante.

En función de mostrar cómo se construye y funciona esta temporalidad en diversas partes de la revista volviéndose central, y al mismo tiempo qué matices adquiere dependiendo de las líneas singulares, abordaremos, en primer lugar, el funcionamiento del discurso sobre lo posmoderno en los primeros dos números de la revista y, en segundo lugar, intentaremos un recorrido por una sección central de *Babel*: los “Dossiers”. Presentes en todos los números de la revista, en donde ganan autonomía debido a la disposición gráfica, presentan diferentes temas sobre los que se busca profundizar a través de aportes que giran en torno al núcleo propuesto: desde la puesta en el centro de la pregunta “por qué se escribe”, pasando por Domingo Faustino Sarmiento y Julián Ríos, el tango, la fotografía argentina, las posibilidades de la forma ensayo hasta llegar a interrogar la idea de Revolución, los fenómenos del mayo de 68 y el peronismo. Si el espectro de temas es amplio, las posiciones y los modos de abordajes lo son aún más. En lo que refiere a los modos, en ciertas ocasiones, se presentan conjuntos de fragmentos de textos referidos al tema que se elige, o bien fotografías o fragmentos de novelas. En otras un coordinador convoca una serie de colaboradores para abordar desde diversos ángulos el eje propuesto. Debido, entonces, a la amplitud de las temáticas, los diferentes modos de tratamientos y la diversidad de colaboraciones es en los dossiers donde el desafío metodológico que planteábamos al comienzo puede observarse con mayor claridad. Tal vez, también debido a esto, es también uno de los objetos que la crítica académica no ha aún abordado.

2. SOBRE LA MANERA DE NOMBRAR Y CONSTRUIR EL CAMBIO: LA NATURALIZACIÓN DE LOS DOS PRIMEROS NÚMEROS

Desde esta perspectiva, el discurso sobre la posmodernidad es uno de los ejes que la revista utiliza para construir las tensiones de lo que quiere presentar como su propio presente. Un uso que no supone un falseamiento sino una necesidad de intervención que apela a estos discursos para dar forma al “hoy” que es necesario caracterizar y definir. Luz Rodríguez Carranza sostiene que el debate sobre modernidad/posmodernidad “obliga a discutir la modernidad, y a intentar objetivarla” y que la posmodernidad es pensada como “la plenitud de lo moderno como conciencia de su mitología” (1996: 470). Sin embargo, en este contexto, se vuelve necesario dar cuenta no solo de cómo se define lo posmoderno en la revista, sino también de cómo ese discurso aparece en la construcción de la propia temporalidad, para qué se lo utiliza y de qué modo se lo articula.⁴

Si se vuelve difícil dar cuenta de esta temporalidad como construcción antes que como aceptación de algo efectivamente existente es porque la misma revista presenta el discurso sobre el cambio como algo naturalizado, como algo que cualquiera del entorno ampliado conoce. Las referencias al discurso sobre la posmodernidad o sobre los fines de lo moderno aparecen como una cita o mención cuando se intenta dar cuenta del cambio que supone el propio presente con respecto a épocas anteriores. Algo que está ahí, que no es necesario definir aunque sí exige posicionamiento, no tanto ante la afirmación de si el cambio puede definirse como posmoderno o no, sino antes bien ante el cambio en sí mismo. En general se repite la distancia ambigua del “dicen” del editorial: al mismo tiempo que se lo incluye como un elemento definitorio para el propio posicionamiento, se genera una distancia atribuyéndoselo a otro. Cuando lo posmoderno

⁴ Andreas Huyssen (2006) plantea como prevención metodológica al enfrentarse al problema de la posmodernidad, el hecho de que antes que definir qué es posmodernismo es necesario partir de la “autocomprensión” [Selbstverständnis] de lo posmoderno según se ha conformado en los diversos discursos (y de las imágenes de modernidad que supone esa conformación). En el contexto actual en que varios autores han cuestionado el término (Bourriaud (2009), Huyssen (2010) e incluso Laddaga (2010)), es fundamental tener en cuenta esta perspectiva de Huyssen. En primer lugar, porque habilita una forma de relectura de estas maneras “anteriores” de pensar el cambio. En segundo lugar, porque muestra que las actuales maneras de pensar el cambio deben pensarse también como formas que requieren la misma prevención metodológica y no como nuevos absolutos.

o el discurso sobre los fines es utilizado de este modo, no se citan teóricos desde los cuales se extrae el concepto o definiciones de referencia sino que simplemente se lo menciona, descontextualizado, como un dato.⁵

Esta utilización se vuelve visible si se realiza una enumeración de las apariciones de los términos y tópicos ligados a esta problemática en los dos primeros números de la revista. Se puede observar cómo reiteradamente y de diferente manera van surgiendo como un ingrediente esencial para construir el lugar desde el cual se plantean reflexiones diversas. En el primer número encontramos, además del editorial, el ensayo “Retrato del artista disidente” de Alan Pauls en el que se pregunta por la actualidad de las reflexiones vertidas por Kundera en *El arte de la novela*,⁶ la reseña de Claudia Cándido en la que critica un artículo de Ludolfo Paramio incluido en la compilación *Qué es el realismo en política*,⁷ la reseña de Nicolás Casullo sobre *Buenos Aires, una modernidad periférica (1920-1930)*

⁵ Este modo de utilización, vuelve muy difícil reconstruir la biblioteca de discursos sobre el presente que la revista articula. Sin embargo, hay ciertas menciones que se van sumando y que permiten definir líneas. En lo explicitado en la revista, es fundamental la compilación coordinada por Nicolás Casullo, *El debate modernidad-posmodernidad*, de 1988, que es reseñada en el número 9, sumándose a esta línea de compilaciones el libro *¿Posmodernidad?* editado por Biblos también en 1988 (reseñado en el número 5). La línea clásica del debate se hace explícita a través de Lyotard, cuando se introduce una pastilla sobre *¿Por qué filosofar?* que es relacionado con *La posmodernidad (explicada a los niños)* (B, 16: 37), y se le suma la referencia a Vattimo a través de *La sociedad transparente* (B, 22: 38). En lo que se refiere a la producción local, resalta el libro de Roberto Follari, *Modernidad y posmodernidad. Una óptica desde América latina* (B, 21: 41). Y quedan ligados a la discusión de manera central dos libros que aparecen mencionados en diversas ocasiones: el de Marshall Berman *Todo lo sólido se desvanece en el aire* y el de Carl E. Schorske *Fin-de-Siècle Vienna; Politics and Culture*.

⁶ “Que un escritor contemporáneo (¿y quién más contemporáneo que Kundera?) escriba y publique sus reflexiones acerca de la novela, ¿no es acaso un gesto levemente arcaico, una ambición que viene a sumarse, contestándola, a la larga serie de certificados de defunción con que la literatura ha tratado de despachar el género novelesco al otro mundo? Dicho de otro modo: ¿cuál es la actualidad de estas siete meditaciones sobre la novela que Milan Kundera ha publicado bajo un título que haría las delicias de otro siglo?” (B, 1: 5).

⁷ “El «sujeto revolucionario fragmentado» y «la utopía hecha pedazos» apelan groseramente a un realismo sin mediaciones epistemológicas, hundiendo a Paramio en preguntas que no puede responder, soportando los coletazos del pensamiento europeo posmoderno” (B, 1: 19)

de Beatriz Sarlo⁸ y finalmente un texto extraño, que ronda el término “posmodernidad” desde el humor, firmado por Carlos Montana. En el número dos (mayo de 1988), la apelación al discurso sobre lo posmoderno o sobre el final de la modernidad se utiliza para promocionar a “Mientras tanto...”, un grupo de debate sobre socialismo, en la sección “Sucesos argentinos” (sección en la que se dan a conocer diferentes eventos culturales),⁹ surge obviamente en la reseña que Ricardo Ibarlucía hace sobre *Ensayos políticos* de Jürgen Habermas¹⁰ y en la reseña de Sergio Berenzein sobre *El tiempo de la historia* de Philippe Ariès.¹¹ Así, los fines y la posmodernidad sirven para plantear distintos problemas: el cuestionamiento de la forma novela, las dificultades que plantea la utilización del pensamiento posmoderno para analizar ciertas cuestiones, la necesidad de revisar la modernidad y de pensar una forma de actuar ante sus restos, el lugar de la filosofía en esta revisión y en el análisis del presente, el modo de actuar ante la crisis de los grandes relatos. Pero, al mismo tiempo estos textos están lejos de analizar profundamente el término y sus implicancias y, antes bien, éste aparece como un dato, la manera de formular la tensión desde la que se elige pensar aquello que se lee.

En este contexto, el artículo de Carlos Montana que se publica al final del número 1 es el encargado de definir ciertos elementos que son centrales en el discurso sobre lo posmoderno que capta la revista. El texto cuenta una historia: el Gordo Buck, un detective, debe encontrar al gag de los posmodernos y la primera pista que le dan es que busque a aquel que asesinó a Jean-Saul Partre. Esta “pesquisa” permite comenzar a observar ciertos sentidos y usos de lo posmoderno

⁸ “Preguntar a las cosas desde la modernidad, hoy, es además deseo de reinventarnos la historia, como dato imprescindible: narrar lo narrado” (B, 1: 37).

⁹ “En la actual *impasse*, atravesada de derrotas y fragmentaciones, no todos se relamen con las supuestas migajas de la modernidad. La gente de *Mientras tanto...* – «un espacio crítico de debate en torno a un socialismo para cambiar la vida» según sus voceros– lleva adelante, desde hace un par de años, una serie de actividades a contrapelo de cínicos y *dilettanti*” (B, 2: 7). Ésta es quizás la utilización que condensa el procedimiento tal como lo he planteado: un texto no firmado que habla de la derrota de la modernidad simplemente como “excusa” para introducir la actividad del grupo, naturalizando así un elemento del contexto que podría tomarse o no y articulando la temporalidad que va introducir el aviso.

¹⁰ “A esta dimensión heroica de la filosofía, hoy asediada por el fantasma del posmodernismo, pertenecen los *Ensayos políticos* de Jürgen Habermas” (B, 2: 40).

¹¹ “En un momento en que se declama la crisis de los grandes relatos históricos, esta reedición resulta sumamente oportuna” (B, 2: 41).

siempre desde una tensión constitutiva: al mismo tiempo que se ironiza sobre la cuestión se la utiliza para posicionarse, al mismo tiempo que se ironiza sobre ciertos procedimientos se los utiliza para constituir el propio texto, al mismo tiempo que la crítica parece poner en entredicho esta manera de pensar el cambio, se lo utiliza para constituir la propia temporalidad, entre el final y el comienzo. Posmodernidad implica aquí dos cosas: “la muerte de la literatura como compromiso social” (y una primera definición que se da de esta muerte pone en el centro algo que luego se registrará como crítica dirigida a la revista: “Ahora el único compromiso, con perdón, es con la producción textual, toda escritura proviene de otra escritura, dialoga con otros textos” (B, 1: 47)) y la utilización del pastiche (“Dijo: «Yo creo que sólo en arquitectura he podido entender», que había entendido, dijo, que sólo en arquitectura había entendido lo posmoderno como acumulación de estilos diversos, dijo, de diversos estilos que se conjugan más allá de su inscripción histórica, «más allá», dijo. «Más allá, como si no hubiera historia, ni sucesión, y el tiempo fuera todo uno», dijo: «Todo uno»” (B, 1: 47)). Esto no implica que lo posmoderno sea aceptado como la mejor definición del cambio. Por el contrario, el discurso sobre la posmodernidad recibe una dura crítica, ligada justamente a un problema que reaparecerá insistentemente cuando se piense la cuestión: cómo pensar la relación de la posmodernidad con la vanguardia si el cambio se presenta como lo nuevo, cómo articular un “post” si justamente se está desarticulando el tiempo lineal o histórico. El texto queda construido en esa ambigüedad, en esa tensión: entre la posibilidad de que el cambio no sea tal y la posibilidad de que esté ocurriendo y por lo tanto, la utilización del discurso sobre lo posmoderno para comenzar a pensarlo. Pero, al mismo tiempo, se plantea la necesidad de formularlo en otros términos más adecuados, que permitan resolver la relación con la vanguardia y con la manera de pensar el tiempo histórico.

3. LA DISCUSIÓN: PROPUESTA DE UN RECORRIDO POR LOS DOSSIERS

El modo de utilización del discurso sobre lo posmoderno y los fines de la modernidad que analizamos en el apartado anterior (la mención breve, descontextualizada para crear contexto) se repite en los copetes que introducen los dossiers.¹² Sin embargo, en la medida

¹² Los copetes orientan la lectura de los dossiers. En la mayoría de los mismos se

en que esa sección es el lugar desde donde se articula una discusión explícita y planteada como tal sobre el presente (fundamentalmente el presente de las ciencias sociales y del contexto histórico cultural), el uso se complejiza. La línea de los dossiers que me interesa constituir como tal, realiza una puesta en discusión de temas que podrían pensarse como tópicos centrales de la modernidad, pero esta discusión solo aparece como necesaria y singular desde la justificación temporal que se explicita en los copetes. Se reformula así el gesto revisionista que tenía en ese momento a *Punto de Vista* como su principal referente, reformulación que se realiza en base a una ampliación del objeto, que supone una lograda tensión entre lo que se piensa como moderno mundialmente, tal vez incluso podríamos hablar ya de los que se piensa como moderno globalmente, y lo que ha caracterizado la modernidad nacional.¹³

Los dossiers son, como marcamos más arriba, un objeto difícil de abordar: si bien se los ha mencionado como una pieza central, la crítica sobre *Babel* ha evitado el análisis de los mismos. Es que los dossiers son el lugar donde la tensión entre la posibilidad de hablar de una revista y la heterogeneidad que impediría abordar el objeto como

insiste en la caracterización de la propia etapa como una etapa de cambio, a veces mediante la utilización de la idea de lo posmoderno o del discurso sobre los fines de lo moderno, o bien en una necesidad de revisión, relectura y selección de nuevos momentos de discusión que podrían pensarse en función de esa misma temporalidad que los plantea como necesarios. En este sentido, se vuelve paradigmática la manera en que es encabezado el dossier del número 6 “Viena Fin de Siglo: el alegre Apocalipsis”: “[Viena] fue una ciudad que concentró en dos generaciones de intelectuales y artistas, la conciencia crítica, casi terminal, de los espejismos de salud y felicidad del proyecto moderno. En la esplendorosa coreografía de la *Ringstrasse* se dieron cita el subjetivismo de las vanguardias estéticas, planteos arquitectónicos de consagración y ruptura, el alumbramiento del psicoanálisis, poéticas desoladas sobre la fragmentación de lo real, un ensayismo antiperiodístico que desnudó la criminalidad de la gran prensa de masa, la estridencia de *art nouveau*, la música como experimentación de avanzada, filosofía y estética del lenguaje de corte posmoderno y una novelística absorbida por la desintegración del sujeto (...) Mientras tanto, y como paradoja (...) en sus entrañas se consolidaban ideologías modernas de masas con sus credos totalizantes e integristas (...) Una historia se desplomaba con sus aullidos, iluminaciones y espectros paralizantes. Fue en ese paraje de lo ilusorio, de lo fatídico, del rumor bélico aproximándose que Karl Kraus, el profeta de la ciudad, vislumbró: «Viena es un campo de experimentación para el fin del mundo» (B, 6: 22).

¹³ Sobre el lugar que ocupó *Punto de vista* durante la dictadura y la posterior vuelta a la democracia en el campo cultural argentino Cf. De Diego (2001), Dalmaroni (2004), Patiño (2003) y (2006) y Pagni (1994).

tal se pone en primer plano debido a la multiplicidad de colaboradores. Así, al mismo tiempo que es necesario reconocer esta heterogeneidad, se vuelve imperativo el intento de definir ciertas líneas para habilitar el análisis, en la medida en que la discusión sobre el cambio y los modos de nombrarlo ocupa un lugar central en esta sección.

Una de las posibilidades para iniciar el abordaje en función del eje planteado sobre las formas de construir la propia temporalidad, es seguir el recorrido de un articulista y coordinador de tres dossiers (el nombre singular que más dossiers coordina), en la medida en que es a través de sus notas que la discusión sobre el tópico se vuelve central y explícita y se habilitan reflexiones y posicionamiento: Nicolás Casullo. Casullo publica cinco notas en los dossiers y cuatro reseñas y en todas ellas se reflexiona y se discute sobre los fines de lo moderno y sobre la posmodernidad. En estos artículos se percibe y construye el cambio a partir de los discursos de los fines, construcción que al mismo tiempo que destaca el artificio que podrían suponer los discursos sobre lo posmoderno, plantea la necesidad de dar cuenta de (y en ciertos momentos, en una actitud más activa, de producir) una ruptura. Esta actitud se condensa en la reseña que realiza en el número 5 a fines de 1989 sobre *¿Posmodernidad?:*

Que la posmodernidad sea una fiera condición del mundo, o el derivado de una fábula estética neoyorquina, posiblemente resulta lo menos importante. Invento, realidad, mortificación para aquel que prefiere seguir hasta el cuello en la modernidad europea de libertad, igualdad y cambio antes que en la posmodernidad europea de fragmentación y sujeto débil, lo interesante de este término esquivo y ladinamente “importado” es que apareció para discutir un problema bastante no visible como problema: el de la modernidad, el de los valores, cosmovisiones y sacrosantas verdades de un sujeto moderno que -podría decirse- ya hartó con la seguridad de sus historias y sicosis llevadas a la política, a la ideología, a la ciencia.

En todo caso, si algo tiene de interesante el episodio *posmodern* (así suena más ajeno) es que sirve (para el que tiene ganas) de iluminador de una cultura, en cuanto qué tal cultura hace años que no dice nada nuevo en ninguna parte, instituto cátedra o mesa redonda (B, 5: 41).

Lo que interesa es la forma explícita con que Casullo retoma lo provocativo que resulta el derrumbe del “mundo todo” implicado en el

relato de lo posmoderno y el intento de diseñar una metodología para poder articularlo de manera que no se vuelva “epíteto imbécil o ignorancia actuada”: lo posmoderno no puede ser solo un objeto de divulgación, y para no ser eso debe pasar a ser “los límites del mundo en lo que digo” (B, 5: 41). Es a partir de esta actitud que se retoma lo posmoderno como relato y que es necesario pensar los tópicos que, de hecho, se discuten: en esta reseña, la posibilidad de pensar lo posmoderno como plenitud de lo moderno en tanto posibilidad de imaginarse los silencios de la modernidad y el lugar de la periferia en esa reflexión.

En este sentido, si hay algo a lo que incitan como tarea pendiente los artículos de Casullo es a volver los ojos sobre los principales hitos de lo moderno. Es lo que se dice que *hay* que hacer y lo que se intenta hacer: plantear las políticas de esa revisión y buscar una formulación de las mismas. Si bien la memoria ocupa un lugar fundamental en la agenda intelectual argentina luego de la finalización de la dictadura, la revisión que se plantea en los artículos de Casullo y que encuentra una formulación singular en los dossiers que él arma, no es la del pasado argentino inmediato. En el artículo con el que orienta el dossier que compila en torno “al 68” (B, 2), se plantean dos problemas que permiten especificar la manera en que se pone en el centro el tópico de la revisión (dos problemas que no se planteaban como tales en el editorial de 1983 de *Punto de Vista*): en primer lugar, la pregunta por cómo articular el estudio de los grandes mitos con la historia singular, nacional; segundo, la tensión entre las verdaderas revisiones y las revisiones vueltas un tópico del mercado. En ambos casos, el discurso sobre lo posmoderno es el que habilita los interrogantes: ya sea porque es desde donde se puede plantear la necesidad de revisar la relación entre la historia y el mito o bien porque permite replantear la utilización de la ruina y la melancolía como producto de mercado, replanteo que no es un simple rechazo sino la detección y marcación de un mecanismo y la formulación de alternativas:

Hacia adelante, como promesa, aparece entonces la edad de las evocaciones. La apoteosis civilizatoria de almacenar datos, de advenimiento de un modo cultural: el valor de los depósitos. Ya no memoria, tradición, ni fuente (...) esta tonalidad rememorante del mercado responde a una época de la conciencia política e ideológica. La emisión para las masas no deja de ser un eco atento y expandido de un pensamiento intelectual que hoy abstrae a la historia desde una

traumatizada racionalidad que disuelve cualquier intento de autorreferencia al pasado (B, 2: 29).

Ante esto la opción es “heredarlo más allá de las formas de su vigencia. Como un inconsistente sueño que pretendió ser, mientras en realidad confirmaba el conjunto del Logos” (B, 2: 29). Una forma de herencia que implica en sí misma no solo el conocimiento de las tensiones que supuso la modernidad, sino también el fin de los grandes relatos, pero que al mismo tiempo elude la pérdida de autorreferencia, la conversión del pasado en dato. Memoria, un tópico que queda en general ligado a las discusiones intelectuales que habrían caracterizado el retorno de la democracia en la argentina, pero cruzado no solo por una ampliación de lo que es necesario recordar, sino también por un tópico que luego se volverá central: el mercado.

Si bien en general se pensó y se creyó que los discursos sobre lo posmoderno suponían una necesaria puesta en el centro del espacio, dejando de lado la perspectiva temporal, Andreas Huyssen afirma que esto fue un error que impidió ver la verdadera complejidad de la dimensión temporal que planteaba el fenómeno. Al señalar este error, Huyssen abre la posibilidad de cruzar memoria y globalización, y así marcar la necesaria atención a las “temporalidades diferenciales” (2007: 14). Por lo tanto, el énfasis en la dimensión temporal del fenómeno en la lectura de Casullo no necesariamente tiene que leerse como algo que continúa en el registro de la discusión de los 80, sino que es necesario ver qué perspectivas habilita la reflexión sobre el discurso sobre los fines y la formulación de la propia temporalidad como un lugar de tensión. El término “herencia” no debe llevar a confusión. Si bien, como vemos, existe una metodología para esa discusión, una ética casi podríamos arriesgar, esta revisión no debe leerse en términos de hacer justicia, no está regida por fines políticos-sociales ni por imperativos morales. No al menos por los que rigieron el campo intelectual a comienzo de los 80: el imperativo no está colocado en la reconstrucción del pasado reciente (la etapa dictatorial) sino en las relaciones entre fines, memoria, mercado y nuevas formulaciones de la relación entre estas categorías. Para Andreas Huyssen (2010), uno de los ejes centrales en la discusión sobre la memoria a comienzos del siglo XXI (“Cuando las promesas de la modernidad yacen en pedazos como ruinas” (2010: 48)) es justamente la tensión entre escombros estetizados y ruinas. La pregunta que se hace el teórico, luego de repasar las relaciones entre memoria e

historia, es por la existencia de una “auténtica ruina”. En el contexto actual, de la “cultura mercantil y memorialista del capitalismo tardío”:

Las cosas, transformadas en mercancía envejecen mal. Se vuelven obsoletas se tiran a la basura o son recicladas. Los edificios son destruidos o restaurados. En la era del turbocapitalismo las cosas tienen pocas posibilidades de envejecer y convertirse en ruinas (...) La ruina del siglo XXI es detritus o restauración. En este último caso, la edad real ha sido eliminada por un *lifting* inverso: se trata de que lo nuevo parezca viejo, en vez de que lo viejo parezca nuevo (2010: 48)

En este marco, el “boom de la memoria” podría constituirse en un “boom del olvido”, por lo que uno de los problemas centrales son esas “memorias comercializadas de manera masiva” (2007: 22).

En el caso argentino, si en 1987, en un libro central como *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar*, Sarlo se centraba, coincidiendo en el tono con los demás artículos del libro, en el problema del olvido pero cifrado en la dificultad de reconstrucción y en el papel de la literatura en ese espacio en tanto discurso privilegiado para realizar esa tarea, ya en el primer apartado de *Tiempo pasado*, de 2007, los problemas son otros: la relación entre historia y memoria, la tensión entre la propuesta de presente de la posmodernidad y la evidente simultaneidad de la “manía preservacionista” y la “autoarqueologización” y la necesidad de distinción entre la historia académica y la historia masiva de impacto público. En este contexto, en la perspectiva de Casullo, en estos artículos de *Babel*, se tensionan justamente todas estas temporalidades, a partir del particular entre-lugar que abre el discurso de los fines, que permite elaborar puntos de vista singulares para el problema de la herencia y de revisión.

Así, la revisión de los fines, de otros fines de lo moderno, es la manera de entender este fin: al mismo tiempo que se estudian otros momentos que se han planteado como fin o que desde la lógica actual los artículos formulan como fines, se busca señalar y se intenta construir la singularidad de la ruptura. Si esto puede observarse entonces en la manera en que se plantea el lugar de la memoria en el mercado, también es retomado en el comienzo del ensayo de Casullo sobre Walter Benjamin (“Pensar una época de agonía”) en el número 4 (septiembre de 1988). Allí, si en el inicio se plantea la pregunta por la forma en que este presente nos permitiría escuchar el mensaje que se desintegró en otro final, marcando así que la desintegración no es

exclusiva del hoy, a renglón seguido se propone la singularidad de la época: “Nuestro presente, aún el sureño planetario, es un dibujo de trazos frágiles, a diferencia quizás de un pasado donde sonaban menos a hueco las paredes interpeladas como humus de la historia” (B, 4: 24). Un final que vuelve a plantear una manera singular de revisión: “Lo que se aglomera en la grisura de la estética urbano-*industrial*, *simula* y *es* la historia. Y entre ese simular y ser (...) el ojo no distingue: sólo el corazón, a veces, repasa fragmentos sin añoranza por regresar a ninguna trascendencia” (B 4: 24). Un final totalmente diferente que el de la Viena de fin de siglo de Hofmannstal, que Casullo plantea como antecedente lateral en este artículo y que va a aparecer en el dossier del número 6 como eje central. Y el movimiento de Casullo en su artículo para el dossier del número 6 es similar, aunque tal vez menos enfático: el hoy es el lugar desde donde se puede leer ese fin como fin. Es hoy (podríamos agregar: si ese hoy se construye como lugar de las tensiones entre la ruptura y la continuidad) donde por primera vez, luego del “desengaño de las Críticas”, puede comprenderse el surgimiento de la angustia del lenguaje, lenguaje que pasa a ser el “hogar de la desilusión y la melancolía” (B, 6: 23), como parte de uno de los fines de la modernidad, de una de sus remociones.

La tensión entre los finales y el final vuelve a retomarse en torno al concepto de revolución en el dossier del número 12, “¿La revolución ya no es lo que era?”. El artículo de Casullo, “La figura detrás del mito”, comienza nuevamente con la explicitación del propio “tiempo cultural” como enigma, justamente a partir de la singular tensión con los conceptos que fueron centrales en la modernidad, como el de Revolución (con mayúsculas): “La Revolución, pasado a construir, nos propone –como enigma– la cuestión del tiempo cultural en que vivimos” (B, 12: 22). Se está en el momento del pasaje del mito de la Revolución a la revolución como Mito y es justamente desde esa tensión, si se la formula como tal, desde donde se deben pensar los problemas que hoy se habilitan.

Entonces, si seguimos el eje que constituyen las lecturas de Nicolás Casullo, la temporalidad del presente, la manera de plantear la ruptura, no es apocalíptica, en la medida en que ya se sabe que ha habido otros fines, sino la de la lucidez de las revisiones, que piensa que este fin puede ir más allá y ser diferente de todos los otros. “Hoy” para Casullo, y en muchos otros momentos y artículos de la revista, es el punto donde se puede ver claramente cómo se ha venido quebrando

la modernidad hasta llegar al estado actual donde nada parece quedar en pie. Hay sin embargo una pregunta que no se llega a formular, nunca de manera explícita y generalizada: ¿cuál es la función del arte en esta época de lucidez? Porque, extendiendo sus razonamientos, si el arte ya no puede ser la línea desfasada de lo moderno, en la medida en que dejaría de ser necesario impugnar algo que ya no es dominante ¿qué lugar le queda? Un salto que no se da —ya que a diferencia de otras esferas del pensamiento la actividad artística es la más lábil e imprecisa con respecto a los discursos sobre la ruptura— pero que sin embargo se habilita desde la temporalidad en tensión que se construye.

Sin duda, es ésta la temporalidad y la manera de pensar el problema que subyace al tercer editorial/manifiesto de la revista publicado en el número 16 (abril de 1990), que en general suele omitirse de la discusión crítica. Reproducimos los dos primeros párrafos completos, porque permiten dar cuenta de la articulación entre el punto de vista singular de Casullo y un tono más impersonal y beligerante en otros espacios de la revista:

En la Argentina que algunos creyeron permanente, el derrumbe se ha convertido en un lugar común, la confusión de las lenguas en la palabra autorizada. *Babel*, por una vez, no intenta convertirse en excepción, para no confirmar las reglas de un juego de villanos. Por eso *Babel* se derrumba como el resto, con tozudez, con empecinamiento, como quien se duele y se deleita en el espectáculo de su propia destrucción.

Babel en su lenta caída, no quiere dejar de ser relato de una desaparición estirada del tiempo, arrastrada, incapaz del destello del apocalipsis. Ni con un estallido ni con un susurro: con la parca potencia de una palabra que habla de impotencias, *Babel* —o quienes la hacemos— acepta de su destino sudamericano la imposibilidad de aceptarlo, lo indigno de cualquier aceptación (B, 16: 3).

Dolor y deleite, posibilidad de un relato del fin pero sin el brillo de la catástrofe, la posibilidad del margen latinoamericano pero la imposibilidad de aceptarlo como tal. Y una fórmula: “la parca potencia de la palabra que habla de impotencias”. Una fórmula problemática: ¿implica solo la afirmación de la autorreflexividad y la autorreferencia o del énfasis en el procedimiento? ¿O a través de los planteamientos más amplios que habilita el discurso sobre lo posmoderno y sobre los fines se abren otras problemáticas y se habilitan tensiones diferentes?

Las dos cosas, en tensión. Tensión que surge no solo de enfrentar posturas diferentes, sino que a veces, las mejores veces, surge en la misma visión, como ocurre con la línea que abre Nicolás Casullo.

Este primer abordaje permite realizar una apertura hacia otros espacios de los dossiers. Si seguimos los lineamientos planteados a través de la posición de Casullo, se vuelve fundamental el análisis de algunos artículos del dossier “Viena Fin de Siglo: el alegre apocalipsis” (enero de 1989), que es donde el término y el propio presente como lugar de lectura se tensionan de formas más diversas. Ya vimos cómo Casullo define el presente a partir justamente de la discusión de esos fines, algo que el estado actual habilita. Vimos también la resonancia que la palabra “apocalipsis” tiene en el editorial, resonancia que permitiría afirmar que solo en función de la discusión sobre otros fines que se han planteado como apocalípticos puede pensarse la relevancia y las dimensiones del propio fin. En este contexto, el copete que encabeza el dossier del número 6 dispara las tensiones: elige el término “posmoderno” para presentar la filosofía y estética del lenguaje de esa otra época, al mismo tiempo que señala como simultáneos, en esa Viena que elige como coyuntura determinante, el surgimiento de la conciencia de los espejismos de la modernidad y la consolidación de las “ideologías modernas de masas con sus credos totalizantes e integristas” (B, 6: 22).

Pero si el texto que precede el dossier y el artículo de Casullo publicado en primer lugar orientan la lectura, las posiciones se multiplican. Es fundamental en función de las hipótesis que venimos sosteniendo el diálogo que puede abrirse a partir de tres de los artículos de este dossier: el de Alejandro Gustavo Pisistelli (“Wittgenstein I: Un visionario posmoderno”), el de Ricardo Ibarlucía (“La profecía de Kraus”) y, centralmente, el de Beatriz Sarlo (“Las razones de Viena”). En los dos primeros, se observa claramente cómo el tópico sirve como inicio de la discusión, como disparador, si bien con dos alcances diferentes y articulando luego modos disímiles de la crítica. El artículo de Pisistelli se constituye como una alternativa típica de resolución del problema, que se va a repetir en otros articulistas y reseñistas de la revista: parte del mismo punto que Casullo, hace explícita la discusión que funciona como contexto en el presente, pero desdeña la dicotomía aunque no necesariamente sus tensiones. Empieza con esta descripción del estado de la cuestión:

Moda o castigo, para alegría o para desazón, la cuestión de la

modernidad/posmodernidad quiere clasificar sin restos a todo pensador que se precie, a un lado o a otro de esta barra sin resto. Ante tamaña presión simbólica no hay héroe, mártir o molusco intelectual capaz de resistirse (B, 6: 26).

Si se tienen en cuenta el título del artículo, “Wittgenstein I: Un visionario posmoderno”, es evidente que lo posmoderno funciona como una provocación (una utilización que como vimos aparecía en el primer “Capricho” que publica la revista), pero una provocación para los dos lados: ni de un lado ni de otro de la barra. El juego con el presente se abre con una pregunta sobre la especificidad de la actitud contemporánea frente al lenguaje y sus conexiones con Wittgenstein. Esta manera de formular el interrogante pone en el centro el hecho de que al articulista no le interesa solo denostar el debate afirmando una permanencia, sino abrir líneas para ver de qué manera reformular las continuidades. Esa pregunta, es decir, cuando la dicotomía se habilita como interrogante, abre el territorio de lo no fácilmente “decidible”. Ante esto, se elige introducir una fuerte definición del “hoy” habilitada por una cita:

En una entrevista realizada a principios de este año, J.G. Ballard, uno de los padres fundadores de la ciencia-ficción, sostuvo: “(...) el tiempo en un sentido estricto se está muriendo. Probablemente la primera víctima de Hiroshima y Nagasaki fue el concepto futuro”. Estaríamos viviendo al final del tiempo, en un espacio contraído y contrahecho al máximo, aherrajados en un eterno presente. Algunos llaman a este corte era del vacío, de lo falso, de lo absurdo, términos equivalentes para señalar la insignificancia, la atemporalidad, la desteologización y la muerte de los fines y del sentido propios del cierre del siglo XX. Otros le dicen sencillamente posmodernidad. De ser esta divisoria pertinente estaríamos en las antípodas de la Viena de Wittgenstein, aquel lugar en “donde toda persona instruida discutía sobre filosofía y consideraba que las conclusiones centrales del pensamiento kantiano se ajustaban precisamente a sus propios intereses”

¿Pero será el fin del tiempo el fin de la filosofía? ¿O no se tratará más bien de su re-comenzar, de su metamorfosis infinita, de su eterno “*corsi y parcorsi*”?” (B 6: 26).

Así, la definición de los fines a partir del discurso sobre lo posmoderno habilita la pregunta por el lugar de la filosofía en ese fin. El movimiento es, entonces, doble: una impugnación de la manera en

que se define el fin en ciertas líneas discursivas pero, a la vez, la apertura de un interrogante que no niega totalmente el estado de cosas descripto.

El interés que suscita el artículo de Ibarlucía es de otra índole. Si bien no plantea el debate sobre la modernidad/posmodernidad, resalta del resto porque conecta la discusión sobre el contexto cultural y político de Viena directamente con la discusión del contexto político argentino. Un uso del tópico del dossier, ya no solo para provocar, para agitar las aguas del territorio intelectual, sino para intervenir en lo actual en tanto político. El cruce de la necesidad de escribir sobre Viena y el escuchar la discusión sobre la amnistía, hace que se introduzca la figura del derrumbe (de la sociedad). Es desde ese lugar desde donde se reflexiona entonces sobre Karl Kraus para pensar la función de la “sátira apocalíptica” propuesta por el pensador, como un modo tal vez de responder aquello que el articulista se plantea en las primeras líneas como necesario: “resistir a la cultura”. El artículo es breve y no habilita muchos movimientos, pero abre una línea que aparecerá nuevamente en el dossier sobre el fin de la historia.

Finalmente, el artículo de Beatriz Sarlo. Este artículo es fundamental porque “descubre” el dossier, muestra su contracara, su posible motivación: una simple novedad editorial, el libro de Carl Schorske *Fin-de-Siècle Vienna. Politics and culture*. Desde la mención de esta posibilidad (y desde la afirmación de que Schorske construye una Viena “perfectamente asimilable”, y un libro que es notable pero “al mismo tiempo extremadamente sencillo en su exposición de una ciudad construida para fascinar” (B, 6: 24)) el texto parece estar recorrido por un tono irónico, que se especifica en el último párrafo:

La Viena de Schorske puede ser leída de muchas maneras. Sin embargo, quiero suponer que una de las lecturas tiene claves contemporáneas. Theodore Hertzl (citado por Schorske) define un tipo histórico: “sus características eran el narcicismo y la introversión, la recepción pasiva respecto de la realidad exterior, y sobre todo, su atención respecto a los estados subjetivos. Esta cultura burguesa de la sensibilidad (concluye Schorske) condicionó la mentalidad de intelectuales y artistas, refinó su sensibilidad y produjo sus problemas”. No hay demasiada audacia en traducir esta descripción a otros referentes: Cima y desgarramiento de la modernidad y de su tono subjetivo, es difícil no leer los temas de Schorske y de su Viena sobre la pantalla de los avatares últimos de la modernidad, casi cien años después (B, 6: 24).

Así planteado el problema, parecen quedar dos salidas, cargadas de valoración negativa: o bien esta discusión, la mirada desde la discusión modernidad/posmodernidad, solo es una mirada superficial, asimilable (como el libro); o bien se están reproduciendo condiciones a las que es necesario resistir (la pérdida de la posibilidad de proyectar utopías, la falta de intelectuales que afirmen al mismo tiempo un esteticismo radical y un desgarramiento ético y político). Más allá de la opción que se elija, es posible leer en el revés del artículo de Sarlo claves que permiten ver la temporalidad del *entre* propuesta por *Babel* como construida.

En primer lugar, Sarlo señala que la ciudad fue un tema para las vanguardias y vuelve a serlo en el debate modernidad-posmodernidad; la crítica entre líneas es que justamente esto se repite sin tomar en cuenta que es una repetición. Si, como mencionamos, el problema de la relación con las vanguardias es algo que reaparece constantemente en la discusión sobre el presente, se podría afirmar, luego del recorrido por esta serie de dossiers, que esa temporalidad que Sarlo esboza desde la crítica se vuelve central en la revista. Se constituye como una de las líneas que los articulistas y reseñistas van a ir posicionando en la revista: temas que podrían estar de un lado y del otro, que habilitan el pasaje y que podrían ponerlo en discusión, que permiten plantear los grandes hitos de lo moderno, discutirlos y definir la propia posición justamente al construir dos polos para pensar el cambio.

En segundo lugar, es fundamental la manera en que Sarlo describe la sensibilidad de la época:

La idea de la crisis de paradigma y de proyecto, idea que merece una discusión en sede académica pero que, independientemente de ella y de su eventual concordancia teórica, atraviesa como un tono de la subjetividad estos últimos años, es probable que nos atraiga muy fuertemente en la *Vienna* de Schorske (B, 6: 24).

Volver ese tono una discusión y hacer un eje productivo las tensiones entre continuidades y rupturas (temporales), exactamente eso es lo que puede leerse en ciertos lugares de *Babel*. La ironía que habilita el texto de Sarlo, descubre la orientación de los dossiers como construida, muestra que solo se puede pensar y generar la discusión como relevante, si se da forma a un tiempo de cambio y en función de la adopción de nuevas miradas ante el mismo.

4. ¿DESDE DÓNDE ESCRIBIR?

El debate modernidad/posmodernidad se constituye así como una de las líneas centrales para definir la temporalidad de la revista en lo que refiere al abordaje de los dominios sociales, económicos políticos y culturales en general, y particularmente en la definición de la función de ciertas disciplinas, como hemos visto, fundamentalmente, el caso de la historia y la filosofía. La línea que hemos seguido supone una discusión desde la idea de fin, una figura muy fuerte de esta formulación que la caracteriza frente a otras posibilidades. Esta manera de formular la discusión permite diseñar dos polos, lo moderno como lo anterior y un estado singular de presente, fuertemente cargado de cierta futuridad, pero no como aquello que se puede planear y a lo que se espera llegar sino como aquello no se puede definir con claridad. Ante esto se propone un posicionamiento específico: ni en lo moderno, que se sabe que está terminando, ni en lo que se define como presente desde ciertos discursos, ya sea porque no se acuerda con ellos, ya sea porque se cree que no se ha conformado aún. Entre una modernidad que está terminando pero no acaba de finalizar y un presente/futuro que en principio se nombra como posmodernidad, pero siempre distanciándose de esa definición. *Entre ambos* es el lugar del ensayista para definir la singularidad del final actual, sin encerrarse en el discurso apocalíptico; un discurso siempre en tensión que antes de afirmar el final, prefiere ver cómo ese final se ha articulado en otros momentos de la modernidad, pero no con el objeto de afirmar que esto ya ha ocurrido antes, sino como posibilidad para definir el propio lugar ante los discursos de la ruptura. Lo posmoderno es un presente que recién está comenzando a ocurrir, es la discusión central del presente, la manera de caracterizar el propio contexto, pero también una línea de discurso para pensar algo que todavía no ha terminado de advenir.

La posición del *entre* es entonces una construcción que permite abrir la simultaneidad del presente nuevamente a la linealidad, pero también retardar la llegada de lo que se nombra como posmoderno para así tener una posibilidad de acción. Nada es posible si no se atrasa eso que todos dicen que ya llegó pero tampoco nada es posible, nada interesante, si no se articula eso como base para rechazar maneras de plantear los problemas que atraviesan el campo cultural

que ya son caducas y que no permiten formular una posición singular. Sin duda, esto es posible porque hay ciertos problemas que, en un contexto más amplio que el que implica una publicación cualquiera, se están abriendo y planteando como tales a finales de los '80 y comienzos de los '90 en el campo literario e intelectual argentino. Lo que permite ver el problema así articulado es el lugar que la revista elige ante ellos y qué formulaciones le sirven para posicionarse. Porque solo si se piensa en las tensiones que esta temporalidad que se formula como propia introduce, se pueden leer las prolongaciones, continuidades y discontinuidades con las maneras actuales de pensar el cambio.

BIBLIOGRAFÍA

- AA. VV., *Babel. Revista de libros*. n.1 al n.5. Buenos Aires, Cooperativa de Periodistas Independientes.
- AA. VV., *Babel. Revista de libros*. n.6 al n.22. Buenos Aires, Punto Sur SRL.
- Appadurai, Arjun (2001), *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*, Buenos Aires-Montevideo, Trilce-Fondo de Cultura Económica.
- Artundo, Patricia M (2010), "Reflexiones en torno a un nuevo objeto de estudio: las revistas", *Actas del IX Congreso Argentino de Hispanistas: el hispanismo ante el Bicentenario*, Asociación Argentina de Hispanistas, Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP/CONICET), Universidad Nacional de La Plata, La Plata, <http://ixcah.fahce.unlp.edu.ar/actas/artundo-patricia-m>
- Bourriaud, Nicolás (1999), *Formas de vida*, Murcia, Cendeac.
- (2009), *Radicante*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora.
- Cipollini, Rafael (2003), "Apuntes para una teoría del manifiesto", en Rafael Cippolini (ed.), *Manifiestos argentinos. Políticas de lo visual 1900-2000*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora, pp. 7-53.
- Dalmaroni, Miguel (2004), *La palabra justa. Literatura, arte y memoria en la Argentina. 1960-2000*, Santiago de Chile, RIL editores.

- Danto, Arthur (1999), *Después del fin del arte. El arte contemporáneo y el linde de la historia*, Buenos Aires, Paidós.
- De Diego, José Luis (2001), *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo?. Intelectuales y Escritores en Argentina (1970-1986)*. La Plata, Ediciones Al Margen.
- Delgado, Verónica (1996), "Babel en los '80: una relectura", *Orbis Tertius*, 2/3, pp. 275-302.
- Guyot, Héctor y Pablo Gianera (2007), "Ya son grandes" (Entrevista a L. Brizuela, P. De Santis, G. Martínez y A. Pauls), *ADN*, 6 de octubre, pp. 6-11.
- Huysen, Andreas (2006), *Después de la gran división. Modernismo, cultura de masas, posmodernismo*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora.
- (2007), *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- (2010), *Modernismo después de la posmodernidad*, Buenos Aires, Gedisa.
- Laddaga, Reinaldo (2010), *Estética de laboratorio*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora.
- Mangone, Carlos y Jorge Warley (1993), *El manifiesto: un género entre el arte y la política*, Buenos Aires, Biblos.
- Osorio, Nelson (1988), "Prólogo", en Nelson Osorio (ed.), *Manifiestos, proclamas y polémicas de la vanguardia literaria hispanoamericana*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, pp. IX-XL.
- Pagni, Andrea (1994), "La reflexión sobre cultura popular y postmodernidad en la Argentina. El caso de Punto de vista. Revista de Cultura (1978-1983)", en Scharlau, Birgit (ed.), *Lateinamerika denken. Kulturtheoretische Grenzgänge zwischen Moderne und Postmodern.*, Tübingen, Günter Narr Verlag, pp. 132-144.
- Patiño, Roxana (2003), "Intelectuales, literatura y política: reformas de la tradición en las revistas culturales argentinas de los noventa", en AA.VV., *Umbrales y catástrofes: literatura argentina de los 90*, Epoké ediciones, Córdoba, pp. 15-45.
- (2006), "Revistas literarias y culturales de los 80", *Ínsula*, 715-716, <http://goo.gl/G6Tf3M>.
- Rodríguez Carranza, Luz (1996), "Las destrucciones de *Babel*", *America-Cahiers du CRICCAL*, 15-16, pp. 465-476.
- Schwartz, Jorge y Roxana Patiño (eds.) (2004), "Introducción",

- Revistas Literarias / Culturales Latinoamericanas. Revista Iberoamericana*, v. 70, 208-209, Pittsburgh, pp. 647-650.
- Sarlo, Beatriz (1987), "Política, ideología y ficción literaria", en AA.VV., *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar*, Buenos Aires, Alianza Editorial, pp. 30-41.
- Sarlo, Beatriz (1992), "Intelectuales y revistas: razones de una práctica", *Le discours culturel dans les revues latino-américaines (1940-1970). América-Cahiers du CRICCA*,. 9-10, pp.9-16.
- (2007), *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo: Una discusión*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.